

LA LITERATURA VASCA EN LA TRANSICIÓN (UNA MIRADA SISTÉMICA)

Jon KORTAZAR
Universidad del País Vasco

Existen dos maneras de acercarse a la situación de la literatura vasca en el tiempo que va desde 1977 hasta la fecha que sirve de final de siglo. Una representa un acercamiento a los textos y a la historia de los textos, y la otra pretende una mirada más general, más sistémica, es decir, atiende más al proceso en el que ha vivido la literatura que a la dinámica de los textos.

Literatura y sistema escolar

Desde este punto de vista, cabría decir que el hecho fundamental en la configuración del sistema literario vasco, sistema que gozamos y sufrimos, de nuestra historia reciente, se constituye en torno a la Ley Básica de Normalización de la Lengua vasca en 1982, y de la introducción de los estudios de lengua y literatura vasca en el sistema escolar de la Comunidad Autónoma del País Vasco. Este hecho representa un punto de surgimiento de la literatura, que hará que toda ella gire en torno a esta cuestión, que como ven no me resisto a llamar capital, porque ello supone una nueva configuración del sistema literario.

Hace unos días leía en la excelente introducción que Ignacio Soldevilla realiza a su no menos excelente *Historia de la novela española (1936-2000)*, que existía en estos momentos de auge del comercio una dificultad en encontrar editores mecenas, que dedicaran parte de las ganancias que consiguen con unos libros en libros que se sabe que venderán poco. La idea de mecenazgo aplicado a los editores me parece perfecta. Porque por un lado, nos sitúa en el camino de la humildad: la literatura como un sistema de signos dentro de otros sistemas culturales que depende de la ayuda para subsistir. Por otro nos pone en el camino de la reflexión sobre el sistema de mecenazgo actual. El mecenazgo más importante en el sistema literario vasco de la transición corresponde a la escuela. Desde ella se dirige lo que se va a leer, desde ella se crean los autores que venden y los que no venden, para ella se crean ediciones especiales y ella produce una imagen de los escritores, y determina la jerarquización de los géneros.

Sobre la importancia de la escuela pueden aportarse muchas anécdotas. Desde el editor que me dijo un día, «que sí, que la novela es buena, pero no se venderá en COU», hasta la broma que

suponía que la literatura se había convertido en *ancilla pedagogiae*. Y la escuela ha creado la figura del escritor angustiado por ver si su libro será o no será «lectura obligatoria». Por lo demás, un libro de narraciones no sólo bueno, sino muy bueno, como el de Ramón Saizarbitoria «Gorde nazazu lurpean», que une en torno a varios ejes de unidad cinco historias distintas, ha sido troceado por el editor —y se han publicado dos de sus historias de forma separada— para que efectivamente pudiera leerse en COU.

La diferencia —importante y crucial— entre un escritor vasco que escribe en euskara y otro que escribe en castellano, no es tanto que se subvencione una literatura más que la otra, si no que una está en el sistema escolar, con las ventajas que esto reporta, y la otra no, porque en el sistema escolar en castellano está, a pesar de algunas iniciativas individuales, el canon de la literatura española.

Como puede apreciarse a simple vista la importancia de incluir una literatura en el sistema escolar es decisiva para la vida de una literatura.

Por tanto en la difícil normalización de la literatura vasca, puede decirse que ésta cuenta con un instrumento —su utilización en el sistema escolar— que le ha dado unas señas características, porque fundamentalmente se han abierto nuevas formas y posibilidades de mercado, de manera que la venta de literatura se realiza en los colegios, y no tanto en el circuito de librerías, y no hay editor que no tenga su visitador de colegios. De forma que los objetivos industriales y los objetivos estéticos se han venido confundiendo, como hemos podido constatar en las anécdotas —significativas— que hemos relatado más arriba. Además existe una subvención de la Consejería de Cultura del Gobierno Vasco que compra un máximo de 300 ejemplares de los libros publicados en euskara que reúnan una serie de características, subvención que se realiza no sobre el precio de cubierta del libro, sino tras haberse realizado una serie de descuentos, es decir tras haberse calculado la reducción de los márgenes de distribución y librería.

En esta situación, ¿ha bajado la calidad? Pues no es fácil contestar: puede existir una cierta nivelación en los contenidos, una sensación de que se publica más o menos lo mismo, pero claro, es una impresión que debe matizarse mucho. Lo cierto es que también han surgido nuevas editoriales que sobre todo, se han dedicado a la literatura con una exigencia de calidad, como Alberdania, y en otro entorno, la editorial Hiria, que ha realizado un esfuerzo de publicación en muy poco tiempo.

Lo cierto es que las subvenciones consiguen en algunos casos la subvención a libros que no terminan de circular bien. Pero en cualquier caso se ha producido la profesionalización de las editoriales que han creado máquinas de producción más o menos grande, que deben alimentar con un esfuerzo de producción sostenido. Puede argumentarse que el alimento fundamental de estas maquinarias reside en el libro de texto que sirve de soporte —de mecenazgo, decíamos antes— a la publicación de literatura, que puede resultar más o menos deficitaria.

Y desde luego, se ha conseguido que ya no se pueda comprar ni leer todo lo que se publica en euskara, que era un rasgo de distinción de los buenos lectores en el tiempo del franquismo: aquél que decía que compraba y leía todo lo publicado en euskara era reputado de buen lector. Ya ha pasado el tiempo de que se pueda leer todo. Y me parece que esa es una buena noticia para la literatura de una lengua.

La Profesionalización del escritor

Uno de los efectos más importantes y visibles de la situación actual es la figura del escritor que se ha profesionalizado o intenta profesionalizarse.

La creación de la Asociación de Escritores Vasco —Euskal Idazleen Elkarte, es su denominación correcta— en 1981, da cuerpo a una idea, o a una ambición que mantienen los escritores vascos: vivir de su escritura, frase que es bien distinta a la de vivir de la literatura.

La Asociación creó un sistema de rotación de los escritores por las aulas —la escuela siempre presente—, de forma, que si bien su primer objetivo era de tipo económico, y tan humilde como conseguir que se normalizaran las relaciones económicas en el tema de derechos de autor entre los editores y los autores, su función ha sido mayor porque ha impulsado la proyección pública del escritor, a la vez, que implicaba a los escritores en una conciencia de sí mismo como escritores.

En cualquier caso, la profesionalización del escritor en el País Vasco debe verse desde diversos ángulos. En primer lugar, existe la conciencia de la obra bien hecha, la profesión de escritor incluye el concepto del trabajo bien hecho, en la medida de las fuerzas y posibilidades de cada cual, está claro. Pero este concepto de auto-exigencia no es el que más ha primado a la hora de hablar de la profesionalización del escritor.

Está claro que el tema económico era el tema estrella que se esconde tras la palabra. Pero, ¿cómo profesionalizarse en una literatura con un mercado, en números absolutos, muy pequeño? Por eso la distinción que hice antes entre vivir de la escritura y vivir de la literatura tiene plena validez. Los escritores se han profesionalizado escribiendo en registros distintos al de la literatura: fundamentalmente se han dedicado al periodismo, en todas sus vertientes, prensa, radio, y televisión. Se han dedicado a la traducción, oficio mejor remunerado que el de escritor, se han convertido en guionistas de televisión... En fin se han anclado en lo que se ha venido a llamar el «universo del euskara», cuyas fronteras no coinciden necesariamente con la industria de la lengua.

Siempre puede debatirse sobre la forma de conseguir el necesario tiempo para escribir y hablar de los casos que de escritores que dejaron su trabajo y no consiguieron vivir de la literatura y de la escritura, y de aquellos que se ven obligados a escribir a destajo para poder vivir, con lo que la profesionalización se convirtió en una trampa. Todas las variantes pueden ser posibles en ese mundo tan complejo de la profesionalización.

Es evidente que en este tema Bernardo Atxaga —como en casi todo, o por lo menos en muchos de los aspectos que trataremos aquí— resulta un caso particular, en la medida de que ha sido capaz de exportar su literatura —la literatura vasca— y vivir razonablemente de sus derechos de autor.

El escritor vasco es una persona que habita y forma parte de ese «universo del euskara» y su profesión es doble: o es un profesor-escritor, o es un periodista-escritor. Este es el tipo medio de escritor. En la primera época de la transición se daba más el primer tipo, ahora parece que los segundos ocupan la imagen del escritor medio. Este es un cambio producido también por la reflexión sobre la profesionalización del escritor, que comenzó su andadura —económica— por medio de la contribución, por medio de columnas, en la prensa diaria.

Los premios y las becas

En el difícil arte de vivir de los escritores, los premios y las becas tienen un lugar especial. Lo cierto es que los premios, entre cuyos objetivos suelen contarse los de dar a conocer a un público amplio la creación literaria, la publicidad de nombres y obras y la clara voluntad de canonización, no terminan de funcionar bien en el País Vasco.

Con respecto a los premios, existía entre los escritores la opinión de que no era recomendable presentarse, ya porque se consideraba que un autor reconocido debía dejar lugar a las

jóvenes promociones, ya porque existía una voluntad contra el sistema, del que los premios son el símbolo más claro, ya porque los autores mantenían opiniones negativas sobre los premios, y los equiparaban a «medidores de calidad», a certámenes imposibles donde un grupo de indocumentados —los miembros del jurado—, jugaban a medir la calidad de la literatura que resulta un imposible. Para mi sorpresa los jóvenes escritores justifican los premios literarios

a) Como una forma de conseguir el sustento, aunque se prefiere el sistema de becas a proyectos literarios.

b) Como un método de promoción de los jóvenes escritores que tienen dificultades en la publicación.

c) Como el sistema del que se pueden valer para darse a conocer.

Por tanto, parece haber cambiado la percepción que los escritores tienen de los premios. Pero los premios no acaban de tener la resonancia social que se esperaría de ellos. Posiblemente porque se han dado los siguientes factores:

- Ha habido una multiplicación de los premios literarios.
- Ha existido una desconexión entre los premios y las editoriales, de forma que se han concedido premios a originales que han sido rechazados por editoras comerciales. No estoy seguro, sin embargo, que la conexión sea por sí misma positiva en todos los casos. Los editores utilizan los actos de jurados en los que intervienen para contactar con nuevos autores antes de que lo haga la competencia, en una actuación, por lo menos, ventajista.
- Existe una confusión en los objetivos. Mantengo que los premios mayores, los de más recorrido y los más prestigiosos (los financiados por las Cajas de Ahorro de Vizcaya, en unión con la Academia de la Lengua Vasca-Euskaltzaindia, y Guipúzcoa) nacieron durante el franquismo para paliar la escasez de editores y publicaciones en lengua vasca. Ahora que existen los editores comerciales siguen, quizás por inercia, con el mismo objetivo, de forma que se da cuenta del premio el día de la concesión, y se consigue el inmediato objetivo publicitario, pero no se produce nada el día de la publicación del libro. Además, a menudo la distribución del libro es escasa, y su promoción mínima, con lo que el eco del producto literario —y del premio mismo— se reduce y desaparece.
- Si hay muchos premios literarios, no existen premios instaurados por las editoriales, excepto, y esta es una especialmente importante institución, la concesión de las becas de la Fundación Elkarlanean, que dirige la editorial del mismo nombre. El becado, sin embargo, puede publicar su obra en otra editorial sin impedimento. Eso sí, y quizás éste es un asunto debatible, sin percibir los derechos de autor que quedan en manos de la Fundación convocante. Una actitud similar por parte de la Kutxa que patrocina los premios Ciudad de Irún fue muy criticada en los medios de los autores hace algunos años.
- El hecho de que las figuras importantes no se presenten a los premios reduce también el eco mediático que estos pudieran tener, y reduce su capacidad simbólica, que está presente en los premios institucionales del Gobierno Vasco, que en este aspecto ha probado fórmulas diferentes, que han diluido el perfil del premio y su consolidación, hasta el modelo actual (Premios a Literatura en Euskara, Literatura en Castellano, Traducción al Euskara y Literatura Infantil en Euskara) que presenta perfiles también opinables, como en otros muchos casos.

El maravilloso mundo de los géneros

Con respecto a los géneros, existen tres vías para llegar a explicar la diferente percepción del fenómeno de los géneros en la actual sociedad literaria vasca.

En primer lugar, desde el punto de vista de los escritores se afirma de manera continuada, dándole una visión positiva, que estamos en un momento o de mezcla de géneros, o de ruptura de los elementos genéricos. Pero esta afirmación que en la entrevista con los escritores surge con una cierta continuidad se ve, después, puesta en cuestión en la práctica editorial, social y lectora.

Desde el punto de vista social, está claro, que un sistema que depende de la escuela, depende de lo que se venda en ésta. Y en la escuela se venden dos géneros: la literatura infantil y juvenil, que ha conocido un auge desenfrenado en el sistema literario, porque es el género que permite soportar las posibles pérdidas que pueden provocar los libros para adultos, donde pueda existir riesgo de pérdidas: promoción de jóvenes autores, libros que entren mal en el circuito... Y sobre todo, la narrativa.

La narrativa —breve, clara, de género— ha desplazado a la poesía como género áureo. Ya la palabra que legitima a la sociedad no pertenece a la poesía, sino a la narrativa. Desde las teorías de José Aristimuño, Aitzol, que dirigió el sistema literario vasco de la preguerra, y reforzó las ideas románticas en torno a la misión sagrada del poeta y la poesía, se suponía que el poeta era la vanguardia del pueblo. En estos momentos, pienso que la teoría de Plá, que defendía que una lengua se salvaba en la prosa, en cuanto ésta refleja un lenguaje social, y no el único lenguaje personal del poeta tiene más seguidores entre nosotros. Porque los autores saben, a pesar de su cierto desprecio a la teoría de los géneros, que si quieren ser conocidos en el sistema literario, si quieren profesionalizarse deben, escribir narrativa. El cambio de género en los escritores poetas se ha dado con una cierta frecuencia: El caso más conocido es el de Bernardo Atxaga, que, cuando ahora planea volver al centro del sistema, centro que le fue disputado por medio de unos debates sobre su papel canonizador, está escribiendo una novela, reconociendo de paso su papel central y jerárquico en el sistema, mientras tanto, publica algún poema de vez en cuando; Felipe Juaristi pasó de la poesía a la narrativa, Juan Kruz Igerabide, siguió un camino parecido: estos dos autores pasaron de la poesía a la literatura infantil. El camino contrario, narradores que han publicado más o menos ocasionalmente un libro de poemas, también se ha dado, como en el caso de Pako Aristi, quien desde la importancia que concedió al nuevo periodismo y a la narrativa beat, siempre procuró compatibilizar narrativa y poesía.

En general, pude decirse que el traslado de géneros es habitual en una literatura que ofrece pocas oportunidades de profesionalización. La escritura se concibe como un todo, y los saltos de género son habituales.

En la jerarquización de los géneros, desde luego, la narrativa es el género de mayor eco social. Y de hecho, la publicación de narrativa en números absolutos, y considerando los dos géneros mayores, la novela y el cuento, y sin contar la literatura infantil, triplica a la publicación de poesía. Las editoriales han prácticamente liquidado sus colecciones de poesía, que languidecen frente a la desidia general, con la excepción de la editorial Susa, empeñada en la promoción de la poesía. Tampoco ha existido un fuerte movimiento poético, paralelo al que se ha dado en Galicia, por ejemplo. De forma que tenía razón mi amigo, poeta gallego que, al ser informado del número de libros de poesía que se publicaban al año en euskara, alrededor de diez, comentó: «Eso no es una poesía, es una colección de libros de poemas». ¿Qué diferencia existe entre una colección de libros y una poesía? Una solidez social, bastaría que en la sociedad de los autores existiera esa solidez. Pero me da la impresión de que incluso en esa sociedad de los autores que

vive dentro de la sociedad general se da un cierto alejamiento de la poesía. Ciertamente, no se ha creado una poesía, posiblemente por la crisis del lenguaje poético, que no sabe salir, y esto es más evidente en el caso de los jóvenes poetas, del callejón sin salida que supone la crisis del lenguaje simbolista y del lenguaje vanguardista. En medio de los dos, no se termina de ver una salida clara para la poesía.

Y se van intentando de nuevo, los caminos trillados de los premios literarios, que se han convertido en una de las pocas vías de la promoción de los jóvenes poetas, que prefieren, el diálogo con la música —cantantes que utilicen textos poéticos y los popularicen, como en el caso de Mikel Markez, y Urdangarín— y el recital público, que se ha desarrollado con un cierto éxito, o por lo menos con una cierta profusión y repetición, al hilo de lo que Atxaga inició con sus lecturas poéticas.

Desde el punto de vista de los editores los géneros tradicionales siguen teniendo sus puntos de interés. Y esto es así, porque en la literatura vasca, nos encontramos con el problema de la presencia de los lectores. ¿Quién lee literatura? Por lo que sabemos, sólo los jóvenes en los institutos y su índice de lectura desciende en el momento en que dejan los centros de enseñanza. Para atraer lectores, los editores han utilizado distintas estrategias editoriales.

- La literatura de kiosco: Una de las primeras estrategias para conseguir lectores consistió en la publicación de textos a precios reducidos, siguiendo las pautas de Alianza 100. La búsqueda de nuevos lectores a través de libros de precio reducido que llevaron a cabo las dos editoriales emblemáticas, Erein y Elkarlanean, fue una experiencia interesante, pero con un futuro reducido, porque las dos colecciones cerraron al de muy poco tiempo. Consiguieron que el libro se viera en espacios diferentes a los habituales en las librerías, y posiblemente, crearon una nueva cultura del lector, pero a la vista de que no siguieron adelante, sus éxitos parecen relativos. Por otro lado, no existe un mercado de segunda circulación de libros, exceptuando algunas tentativas del periódico Egin que distribuyó una colección de libro vasco entre sus lectores.
 - Los géneros tradicionales: libros de cocina, libros de meteorología...
 - Pero, sin duda, la presencia de los géneros tradicionales ha sido la más importante y continuada experiencia de las editoriales. Ciertamente, no todos los géneros funcionan con la misma intensidad en el sistema.
- a) El género policíaco. Quizás haya sido el más utilizado en la época que estudiamos. Desde la aparición de la novela de Loidi y la continuación con Gotzon Gárate, las reflexiones sobre el género policíaco han girado en torno al modelo que debía seguirse: si el modelo inglés o el modelo negro americano, y Gárate ha utilizado los dos con éxito de público. Pero, la escritura de este género ha deparado elementos poco apreciables, en cuanto se trata de un género de importación, que no termina de aclimatarse en un paisaje donde la novela policíaca debe mezclarse con la violencia de carácter ideológico. Quizás por este camino transcurre la obra de Harkaitz Cano y a ello se deba parte de su éxito, en el que contó con el trabajo anterior de Hernández Abaitua. También debe mencionarse la obra de Aingeru Epaltza, que ha utilizado la investigación criminal como base de su novelística.
 - b) Los géneros eróticos han tenido una más que escaso cultivo, a pesar de los intentos de la editorial Txalaparta, y el intento de Juan Martín Elexpuru, por hacer resurgir el género.
 - c) La ciencia-ficción ha sido uno de los géneros menos cultivados, y no termina de despegar en el panorama narrativo.
 - d) ¿Debe considerarse la literatura femenina como un género dentro de los géneros literarios? Si es así, lo que me parece discutible, es posible que debamos atender a la

recopilación de mujeres escritoras *Gutiziak*, como uno de los acontecimientos literarios de la presente temporada del año 2001.

- e) La literatura de viajes. El último éxito de la literatura vasca, y, ésta sí que ha traído lectores a su entorno, se centra en los reportajes sobre los viajes, más o menos exóticos, realizados por los autores que realizan la descripción del viaje después de su aventura. El trabajo de Jon Arretxe ha resultado en este sentido ejemplar. La buena aceptación de sus trabajos por parte del público le ha permitido volver a una escritura más seria y simbólica, *Zazpi kolore* [Siete colores]. Jon Arretxe comenzó en la escritura seria, pero tuvo un más que relativo éxito. Sus libros de viajes —y la literatura de humor, que fue históricamente la literatura de género que se publicaba en el sistema literario vasco— en cambio le han granjeado la fama de ser un autor de ventas multitudinarias—, después de que comenzara en la literatura con un relativo conocimiento por parte del público. Este género ha atraído la pluma de Gotzon Gárate, que antes realizó otro tipo de escritura.

Un panorama de la escritura

La publicación de libros de poesía se mantuvo entre 10 y 15 libros originales por año, siempre considerando obra publicada por primera vez, durante el último quinquenio. Tengo ante mí las cifras de creación literaria de los años 1994 a 2000, y las cifras son las siguientes:

1994:	9 novelas,	13 libros de narraciones,	9 libros de poemas
1995:	18	6	11
1996:	20	7	9
1997:	9	9	11
1998:	15	8	12
1999:	13	14	10
2000:	17	18	10.

Estas cifras pueden valorarse de distintas forma: por ejemplo, existe un despegue de la narración, entre 1994 y 1996, porque en aquel momento dos editoriales vascas intentaban promocionar libros de bajo precio de venta, con lo que publicaban pequeños volúmenes con muy pocas narraciones lo que lleva a subir la cifra (incluidos estos volúmenes las cifras son: 9 libros de narraciones para 1994, 17 en 1995 y 20 para 1996); en cualquier caso, resulta evidente el despegue de la narrativa durante esos años, y la clara ventaja que adquiere con respecto a la poesía, que se ha mantenido estable en los años siguientes.

La literatura vasca cuenta en ese momento con un panorama amplio y complejo en el campo —ya visto en su soledad— de la creación literaria, así puede afirmarse que variedad y pluralidad son las dos características básicas del panorama general. Quizás sean dos características de la postmodernidad; puede que únicamente representen la capacidad de mostrar un mundo complejo y plural de los diferentes autores vascos.

Es bien cierto que ya no existe un único camino para transitar por la literatura vasca y cabría ya comenzar a deslindar la escritura narrativa y la creación poética.

El primer rasgo general que cabe aplicarse a esta literatura puede resumirse como la afluencia de distintas promociones de autores que confluyen en un tiempo, que por comodidad y espacio situaremos en la última década, desde 1990 al 2000.

En narrativa puede encontrarse la voz de los escritores que comenzaron su andadura en los años 50, los que se dieron a conocer en el eje mágico del 68, con la nueva incorporación

potentísima de Ramón Saizarbitoria (1944-), con la sabia narrativa de Anjel Lertxundi (1948-), o la de Joan Mari Irigoien (1948-) y Arantza Urretabizkaia (1947-), los escritores que comenzaron su andadura en torno a no menos mágico año de 1975, con Bernardo Atxaga (1951-), Joseba Sarrionandia (1958-) y Jose Mari Iturralde (1951-), la aparición de lo que se ha dado en llamar promoción del 63 con los nombres de Inazio Muxika (1963-), Pako Aristi (1963-), Xabier Mendiguren (1964-), Jon Arretxe (1963-), Arantxa Iturbe (1963-), Juan Luis Zabala (1963-), Aingeru Epaltza (1960-), Itxaro Borda (1959-), y la nueva promoción que comienza a relatar el mundo de los 90 con Harkaitz Cano (1975-) y la incorporación de Edorta Jiménez (1953-) y Lourdes Oñederra (1958-).

Y la aparición de una nueva promoción: Julen Gabiria (1973), Xabier Etxebarria (1974), Unai Elorriaga (1973), Itziar Rozas (1972), Iban Zaldúa (1966).

Son sólo unos pocos nombres, pero he tratado de hacer referencia preferencial a aquellos autores que pueden leerse en traducción al español o a otros idiomas. Porque éste es un proceso nuevo en la literatura vasca: la apertura al exterior por medio de la traducción, aunque aún queda mucho camino por hacer en este trayecto. No puede olvidarse que sólo algunos pocos editan sus obras en grandes editoriales que les acercan a públicos amplios como en el caso de Bernardo Atxaga (Ediciones B), Anjel Lertxundi (Alfaguara), Ramón Saizarbitoria (Espasa Calpe) y Urretabizkaia (Alfaguara). Algunos más han publicado sus traducciones en editoriales de menor tamaño: Edorta Jiménez, Itxaro Borda, Pako Aristi, Juan Luis Zabala (Hiru o Txalaparta), o Aingeru Epaltza o Lourdes Oñederra (Bassarai).

Sus preocupaciones literarias transcurren por las que pueden encontrarse en otras narrativas con mayor tradición y proyección, porque, como es bien sabido, cualquier escritor que se expresa en euskara puede leer en otra lengua, al menos, y algunos en más de una, y todos han intentado acercarse a las grandes cuestiones de la modernidad y de la postmodernidad.

Así las grandes corrientes de la narrativa contemporánea, como la literatura fantástica que nace en torno a Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, tiene una amplia continuidad en los relatos de Bernardo Atxaga y Joseba Sarrionandia; la literatura del absurdo, que parte de Kafka ha tenido seguidores en la prosa de Juan Luis Zabala, o Karlos Linazaoso, o en la tradición de una novela poemática. La novela experimental ha llevado a profundizar en la narrativa a Anjel Lertxundi, con una obra señera en el actual panorama vasco, o la también importante obra de Ramón Saizarbitoria.

El realismo ha llevado a cabo una nueva renovación en la literatura vasca: aquí cabe casi todo, desde la referencia a la contemporaneidad más superficial hasta la aproximación a una narrativa de la memoria —no tanto de la tradición, sino de la memoria histórica— como una forma de profundizar en la identidad en un mundo que tiende a la creación de grandes generalidades. Así pueden citarse las obras de Edorta Jiménez, Pako Aristi y Aingeru Epaltza, por señalar algunas de un lado listado que encuentra su cultivo literario en el complejo mundo político del País Vasco. El cultivo del realismo sucio es una de las posibilidades de la que también se ocupa la narrativa vasca actual.

La posición feminista y la preocupación sobre la situación personal y social de la mujer en la narrativa vasca están presentes en la prosa de Arantxa Urretabizkaia, Arantxa Iturbe y Lourdes Oñederra, y ahora Ixiar Rozas.

La situación de la poesía puede describirse de manera paralela, sobre todo a la hora de realizar se una visión general. Es decir, complejidad, variedad y pluralidad como rasgo sobresaliente, y convergencia de diversas promociones en un mismo momento histórico. También en el género existe una nostalgia hacia las obras producidas en la década de los 70 y los 80 y una pequeña expectativa por la obra que realizarán los jóvenes autores, cuya incorporación a la literatura sufrió un pequeño bajón hasta mediados de la década de los 90.

La promoción de Bernardo Atxaga (1951-) y Joseba Sarrionandia (1958-) situó a la poesía en una corriente vanguardista y de renovación continua, desde el dadaísmo y el expresionismo hasta la creación de una poesía personal y alegórica, después de transitar una senda culturalista. En la senda de la poesía vanguardista se situó junto a ellos Koldo Izagirre (1953-).

Intentando realizar una descripción general, puede describirse en cuatro amplios grupos la producción poética de los años 80.

Existe una primera estética de corte simbolista, cercana a la poesía de la experiencia donde la contigüidad entre sentimiento y cotidianeidad produce la raíz desde la que se desarrollará la poesía de Felipe Juaristi (1957-), Juan Kruz Igerabide (1956-), Amaia Iturbide (1961-), Mari Jose Kerexeta (1961-), Juan Ramón Madariaga (1962-). Pueden encontrarse poemas traducidos de estos autores en diversas antologías de poesía española, y algún libro para niños en el caso de Juan Kruz Igerabide (*Hiperión*).

La renovación estética incansable, con una referencia clara a los poetas vanguardistas, se encuentra en la obra poética de Iñigo Aranbarri (1963-), en la evolución de Jose Luis Otamendi (1959-) o en la obra personal de Xabier Montoya e Itxaro Borda (1959-).

Existe, claro está, una poesía de raíz tradicional, cercana a la poesía popular del País Vasco, cuyas diversas formas utiliza la poesía de carácter culto, comenzando por la utilización de la imagería o siguiendo por los procedimientos retóricos de la poesía oral. Esto puede percibirse en la poesía de Patziku Perurena (1959-) o Luis Berrizbetitia (1963-).

No puede dejar de citarse la amplia obra de Patxi Ezkiaga (1943-) de inspiración anglosajona y que resalta en la descripción la comunicación de un mundo propio. Tere Irastortza (1961) ha llevado a cabo con coherencia y continuidad una obra poética cercana a la poesía del silencio y de la expresión del instante esclarecedor.

Hacia la mitad de la última década aparece con fuerza una nueva promoción de autores. No es fácil describir sin la perspectiva necesaria la importancia de este nuevo grupo, pero podemos señalar algunas tendencias estéticas que muestran la pluralidad de las voces de la ultimísima poesía vasca.

Quizás una de las obras más importantes en la década se deba a la pluma de Rikardo Arregi Díaz de Heredia (1958-) que desde posiciones culturalistas ha ido creando una de las obras más originales de la última producción poética. Culturalismo, y aún así importancia de la línea clara, identificación de música y poesía son algunos rasgos de una de las obras más personales de este tiempo. Su obra *Cartografía* ha aparecido ya traducida en español y se prepara una antología en portugués.

La corriente de la poesía de la experiencia ha producido las estimables obras de Pako Aristi (1963-), con la destacada aportación de Miren Agur Meabe (1962-), tocada por una preocupación feminista en su obra.

El simbolismo de corte intimista y de acercamiento a una poesía de carácter reflexivo impregna la obra de José Luis Padrón (1970) y Mirari García de Cortázar (1969-).

La corriente vanguardista del cultivo de la imagen poética está presente en Garikoitz Berasaluze (1975-), y con mayor dominio de la estructura en Harkaitz Cano (1975-). Resulta inclasificable la obra de Juanjo Olasagarre (1963-), tan cercana al monólogo dramático, y a la transcripción de realidades complejas por medio de textos breves.

También puede observarse la influencia del realismo sucio en obras poéticas que han aparecido recientemente en el escaparate de la poesía vasca.

En suma, entre las dificultades y la creación de un sistema que ha canonizado a una serie de escritores —que por otro lado han dificultado la llegada al conocimiento masivo de otros jóvenes escritores—, entre la dificultad de identificar a los lectores motivados, y la permanente

presencia de la literatura en la escuela, el transitar de la literatura vasca, a pesar de las distintas valoraciones que pueden hacerse sobre su calidad, es en este momento, esperanzadora.

Este trabajo corresponde a una conversación escrita sobre los sistemas literarios gallego y vasco que mantengo desde años con Dolores Vilavedra, profesora de la Universidad de Santiago de Compostela, y su generosidad consiente su difusión.